

pueblo de Roma el gobierno republicano y queria defender sus derechos. Como prueba de las leales intenciones del general, se proponia devolvernos á Ugo Bassi, hecho prisionero, como ya hemos dicho, en la batalla del dia anterior.

Mientras que se celebraba esta conferencia, recibió Garibaldi una órden del ministro de la Guerra encargándole que volviese á Roma.

La legion regresó á las cuatro de la tarde conduciendo al parlamentario.

El armisticio solicitado por el general Oudinot fué concedido.

XII.

Mientras que estos sucesos tenian lugar, el ejército napolitano, compuesto de cerca de 20,000 hombres con el rey á la cabeza, seguido de treinta y seis cañones y flanqueado por una magnífica caballería, animada con sus recientes triunfos en Calabria y Sicilia, avanzaba hácia Roma por la ribera izquierda del Tíber. Habia ocupado militarmente á Velletri, despues á Albano y á Frascati, estaba protegido á la derecha por los Apeninos, á la izquierda por el mar, y habia extendido sus avanzadas hasta muy pocas leguas de nuestros muros.

Viendo esto Garibaldi, á quien habia dejado sin quehaceres el armisticio, pidió permiso para emplear sus ocios en hacer la guerra al rey de Nápoles, y le obtuvo.

En las primeras horas de la noche del dia 4 de mayo salió Garibaldi con su legion, compuesta de 2,500 hombres.

Entre estos dos mil quinientos soldados, se encontraban el batallon de bersaglieri de Manara ya en pleno uso de sus derechos que por otra parte no habian sido supeditados con respecto al rey de Nápo-

les, los aduaneros, la legion universitaria, dos compañías de la guardia nacional movilizada y algunas otras partidas de voluntarios.

Todos debian reunirse en la plaza del Pueblo. Garibaldi llegó á las seis de la tarde.

Un jóven natural de la Suiza alemana que ha escrito una excelente historia del sitio de Roma, Gustavo Hoffsteller, expresa así el efecto que le produjo la vista de Garibaldi :

« Al mismo tiempo en que daban las seis apareció el general con su estado mayor, y fué saludado con estrepitosos vivas : yo le veia por la primera vez. Es un hombre de mediana estatura, de rostro quemado por el sol, pero con líneas de una pureza antigua.

» Montaba en su caballo con la misma calma y firmeza que si hubiera nacido en aquella posicion : debajo de su sombrero de ala ancha recogida por una presilla, y ornado con una pluma negra de avestruz, brotaba un bosque de cabellos : una barba roja cubria toda la parte inferior de su rostro. Sobre su camisa encarnada llevaba un poncho americano blanco, forrado con tela del mismo color que el de su camisa. Su estado mayor llevaba blusa encarnada, y mas tarde aceptó toda la legion italiana este color.

» Detrás de él galopaba su palafrenero, negro vi-

goroso que le habia seguido desde América. Iba cubierto con una capa negra y llevaba una lanza con una banderola roja.

» Todos los que le habian acompañado desde América llevaban á la cintura pistolas y puñales de preciosa labor, y en la mano el látigo de piel de búfalo.»

Continuemos la descripcion. Esta vez habla Emilio Dandolo, pobre jóven que, herido en el sitio de Roma donde su hermano sucumbió, y muerto despues físico en Milan, ha dejado una relacion de los sucesos en que tomó parte.

Hé aquí lo que dice Dandolo. « Estos oficiales venidos de América, seguidos de sus ordenanzas, se desbandan, se juntan, corren en desórden, van de aquí para allá, activos, precavidos, infatigables : cuando la tropa se detiene para acampar y hallar algun descanso, mientras que los soldados ponen sus armas en pabellones, es un curioso espectáculo el verlos apearse de sus caballos y atender cada uno por si mismo, igualmente que el general, á las necesidades de sus monturas. Concluida la operacion no piensan mas en sus caballos, y si no se hallan víveres en las localidades vecinas, tres ó cuatro coroneles ó mayores montan de nuevo, y armados de *lazos* corren á la ventura por el campo á caza de

corderos ó de-bueyes. Cuando han cogido lo que necesitan, vuelven conduciendo delante á los animales; los distribuyen en las compañías, y todos, lo mismo los soldados que los oficiales, se ponen á degollar y á partir en cuartos las reses y á asar sobre grandes fogatas enormes pedazos de buey, de cordero y de puerco, sin contar las aves, como pavos, pollos, patos, etc., etc.

» Si durante este tiempo no está próximo el peligro, Garibaldi permanece acostado en su tienda; mas si por el contrario el enemigo está cercano, no se apea de su caballo, da órdenes y visita las avanzadas: muchas veces cambia su singular uniforme por un traje de aldeano y se arriesga á verificar las mas peligrosas exploraciones. La mayor parte del tiempo, sentado sobre alguna cima elevada y que domina los alrededores, pasa horas enteras sondeando con su anteojo las profundidades del horizonte.

» Cuando el corneta del general da la señal de partida, se emplean los lazos para recoger á los caballos que pacen diseminados por las praderas: la marcha se detiene como el dia anterior, y el ejército se pone en camino sin que ninguno sepa á dónde va, y sin inquietarse por no saberlo.

» La legion personal de Garibaldi consta de 1,000 soldados poco mas ó menos, y se compone de las mas

diversas clases de hombres que puede imaginarse. En ella los hay de todas jerarquías y de todas edades; niños de doce á catorce años inclinados á esta vida de independencia ya por noble entusiasmo, ó ya por instinto natural; veteranos reunidos por la voz y la reputacion del ilustre *Condottiere* del nuevo mundo, y en medio de estos, muchos que no pudiendo vanagloriarse de poseer mas que la mitad de la divisa de Bayardo, buscan sin miedo alguno en la confusion de la guerra la licencia y la impunidad.

» Los oficiales son escogidos entre los mas valerosos y elevados á los grados superiores, sin tenerse presentes para nada la antigüedad ni las demás reglas ordinarias de ascensos.

» Hoy se verá á uno con el sable al costado: es un capitán. Mañana por amor á la variedad, cogerá un mosquete, formará en las filas y héle otra vez soldado.

» La paga no falta: la proporciona el papel de los triunviro, que no cuesta mas trabajo que el de imprimirle. El número de los oficiales es proporcionalmente mayor que el de los soldados.

» El *vague-maestre*, es decir el encargado de los bagajes es capitán, el cocinero del general un teniente, su ordenanza tiene el mismo grado, su es-

tado mayor se compone de mayores y de coroneles.

» Dotado de una sencillez patriarcal, tan grande que parece fabulosa, Garibaldi parece mas bien jefe de una tribu india, que general; pero cuando el peligro le rodea ó se halla en medio de él, entonces es verdaderamente admirable su valor y su golpe de vista. Lo que pudiera faltarle de ciencia estratégica para un general segun las reglas del arte militar, lo reemplaza con su maravillosa actividad.

» Sobre todos los ánimos, sobre todos los temperamentos causa la misma impresion este hombre extraordinario. »

Volvamos á la expedicion contra los Napolitanos.

La tropa se puso en marcha á la caida de la tarde: acababan de dar las ocho. Nadie sabia á dónde caminaban. Anduvieron apoyándose en su derecha hasta que, despues de haber descrito un inmenso círculo, se encontraron en el camino de Palestrina.

La noche era clara y fresca, y marchaban con el mayor silencio á paso redoblado.

Los oficiales, acompañados de algunos hombres á caballo, daban grandes rodeos, y cuando el terreno era demasiado accidentado, la columna se detenia, los ayudantes inspeccionaban el camino, volvian á dar noticias y la expedicion seguia adelante.

Estos altos ofrecian además de la ventaja de la se-

guridad, la de proporcionar algun descanso á la tropa, que continuó avanzando de este modo sin fatigarse mucho hasta las ocho de la mañana.

A una legua de Tívoli se detuvo: desde algunas horas antes habian dejado el camino de Prenesti, que conduce al de Palestrina, y se habian dirigido hácia Tívoli por una antigua via romana.

Con aquella marcha nocturna, verificada con tanta rapidez, habia ganado el general una triple ventaja.

1º. Habia engañado á los espías, que al verle salir de Roma por la puerta del Pueblo, debieron creer que la expedicion se dirigia contra los Franceses, que detenidos en Polo habian entablado una especie de congreso con el triunvirato.

2º. Garibaldi se encontraba en Tívoli sobre el flanco derecho de la línea de operaciones de los Napolitanos, los cuales acampados en Velletri, enviaban sus exploradores en direccion de Roma hasta las alturas de Tívoli.

3º. La marcha nocturna por una landa desierta, privada de sombra y de agua, era, gracias á la frescura de la noche, un verdadero beneficio para las tropas.

A las cinco de la tarde volvieron los soldados á las filas y se dirigieron hácia las ruinas de la *villa* Adriana, distante una legua del paraje donde habian

hecho alto y situada al pié de la montaña donde se eleva Tívoli.

La primera intencion del general fué la de acampar allí, pero cambió de parecer porque antes quiso hacer una completa exploracion en todos aquellos lugares. No envió tropas á Tívoli, porque solo en el acto mas extremo se proponia entrar en los pueblos.

Hombres y caballos fijaron su campamento en las ruinas de la *villa* Adriana, que forman una fortaleza de este inmenso edificio, cuyas habitaciones subterráneas se hallaban disponibles.

Esta *villa*, que el mismo Adriano mandó construir, tiene dos millas de longitud y una de latitud. Sobre el solar del antiguo palacio se ha formado un pequeño bosque de naranjos é higueras.

El 6 de mayo salió Garibaldi á las 8 de la mañana con los bersaglieri á la cabeza á buscar el camino real de Palestrina, viéndose en la necesidad de atravesar el desfiladero de San Veterino. Tardó una hora en esta operacion, y al medio dia acampó en un valle fresco, donde encontró agua y sombra. Desde allí no se divisaba ninguna casa, pero estaban rodeados de verdura.

A las cinco y media volvieron á ponerse en marcha, y subió á la montaña. Las acémilas que conducian las municiones de guerra iban delante de los

soldados. Cada uno de estos llevaba pan y carne, sin inquietarse porque se le acabaran, seguro de volver á tener víveres al hacer nuevos altos; y solo los bersaglieri llevaban marmitas.

Cuando llegó la expedicion á la cumbre de la montaña, halló una antigua via romana perfectamente conservada que conducia á Palestrina, donde llegó á la una de la madrugada.

Para ellos fué una bendicion encontrar aquella senda tan bien conservada, en la que ni el viento levantaba mucho polvo ni las mulas tropezaron una sola vez.

A pesar de esto se hicieron frecuentes altos para que descansasen los soldados: era preciso, en vista del trabajo que se les reservaba, que no llegasen demasiado fatigados.

El general envió patrullas en todas direcciones.

Una de ellas, compuesta de sesenta hombres y mandada por el teniente Bronzelly, el mismo que diez años despues fué muerto sobre el campo de batalla de Treponti, consiguió los mas felices resultados. Atacó á una aldea ocupada por los Napolitanos, los puso en fuga y les cogió algunos prisioneros.

Dos de los nuestros que no quisieron rendirse fueron muertos y descuartizados.

Legon tuvo noticia de que una division considerable de Napolitanos avanzaba hácia Palestrina, y con efecto á las dos de la tarde, desde la cumbre de la montaña de San Pedro, que domina la *villa* y que estaba ocupada por nuestra segunda compañía, vieron adelantarse con el mayor orden, por los dos caminos que se reunen en la puerta del Sol, á la columna de sus adversarios.

Esta columna se componia de dos regimientos de infantería de la Guardia Real y de una division de caballería.

Garibaldi envió á su encuentro dos compañías de su legion, una de la guardia nacional movilizada y la cuarta compañía de bersaglieri.

Esta última ocupaba el ala izquierda de la larga cadena de montañas que terminan en el valle. Al dirigirse contra el enemigo que avanzaba disparando, Manara desde la plataforma de la puerta dominaba á caballo aquella escena grandiosa y mandaba los movimientos que se debian hacer al toque de corneta. Estos toques eran obedecidos con tanta perfeccion y todo se realizaba con tanta tranquilidad, que, mas que en una batalla, parecian aquellos soldados hallarse en una revista.

Cuando estuvimos cerca de los Napolitanos, se empenó un fuego muy nutrido, y las demás com-

pañías de la expedicion cerradas en columna se presentaron en los afueras.

El jefe de las tropas enemigas mandó atacarnos en guerrillas á sus primeros pelotones, pero nosotros veíamos á los soldados tan asustados que no se atrevian á separarse los unos de los otros. Avanzábamos siempre sin interrumpir el fuego, y nuestra extrema derecha mandada por el teniente Rozart salvó un muro que la impedia seguir adelante, y los soldados corrieron ardorosos á caer sobre el flanco del enemigo.

Los Napolitanos oscilaron un instante, y despues deshaciendo las filas de repente se pusieron en fuga casi sin descargar sus fusiles.

Al ver esto algunos soldados del batallon de Manara, penetraron hasta el centro de las filas enemigas y volvieron trayendo cinco ó seis prisioneros.

Aunque con mas lentitud, sucedió lo mismo con el ala derecha: la primera compañía de bersaglieri dejó aproximarse á los Napolitanos hasta que se hallaron á tiro de pistola, y entonces con una carga vigorosa é inesperada, con un enérgico choque á la bayoneta, los puso tambien en fuga, arrojándolos sucesivamente de tres casas que ocupaban, y sosteniendo con la mayor calma del mundo una carga

de caballería que costó la vida á muchos jinetes napolitanos.

Aquel era el momento que aguardaba Garibaldi : envió á Manara un batallon de refuerzo, ordenándole cargar á la bayoneta sobre toda la línea; y castigados en su flanco por los Lombardos, y rechazados de frente por la legion y por los desterrados, los realistas se pusieron en rápida y completa fuga, dejando tres cañones en el campo.

El combate duró tres horas, y fué terminado por nuestra parte sin gran trabajo. Los enemigos nos opusieron tan débil resistencia, que nos dejaron maravillados. Si hubiéramos tenido caballería para lanzarla en persecucion de los fugitivos, su pérdida hubiera sido considerable.

Pero cuando Garibaldi los vió retirarse tan precipitadamente y á los nuestros perseguirlos en desorden, temió una emboscada y mandó tocar á retirada.

En esta accion tuvimos doce muertos y veinte heridos, entre los que se halló el bizarro capitán Ferrari, que recibió un bayonetazo en el pié.

Los Napolitanos perdieron cien hombres.

El resultado material que alcanzamos, era, como se ve, muy escaso; pero fué grande el efecto moral que produjimos. Dos mil quinientos soldados de Ga-

ribaldi habian derrotado completamente á seis mil Napolitanos.

Cerca de veinte prisioneros, pobres diablos casi todos de la reserva, y por consiguiente arrancados del seno de sus familias y obligados á combatir por una causa que no era la suya, fueron conducidos á presencia de Garibaldi.

Temblorosos y juntando las manos le pidieron la vida.

Casi todos eran de rostro distinguido y estaban bien vestidos, pero detestablemente armados con pesados fusiles de chispa y con mochilas llenas de imágenes de Santos, de Madonas, de reliquias y de amuletos. Además las llevaban en el cuello, en los bolsillos y en todas partes.

Nos dijeron que el rey estaba en Albano con dos regimientos suizos, tres de caballería y cuatro baterías; añadieron que esperaba nuevos refuerzos de Nápoles, y nos confesaron que ellos habian sido enviados á las órdenes del general Zucchi para tomar á Palestrina y apoderarse de Garibaldi, quien les inspiraba un terror difícil de imaginar.

Acampamos durante la noche en los afueras de Palestrina, y al dia siguiente avanzamos dos millas mas para colocar nuestras avanzadas. Nuestras patrullas se aventuraron á ir hasta las líneas enemi-

gas que tenían sus piquetes á cuatro millas de distancia.

Para no estar ociosos hacíamos maniobrar á nuestros soldados, que desde Solano no habían hecho el ejercicio ni una sola vez. Era un magnífico é incitante espectáculo para nuestra causa republicana ver á aquellos hombres que á un cuarto de legua del enemigo aprendían el manejo de las armas que iban á emplear en su ataque, y al son de la trompeta y del tambor estudiaban las marchas en peloton y el fuego de guerrilla.

Por la tarde volvimos á la ciudad, pero fué para practicar un nuevo asalto.

Llegamos el 7 de mayo calados de agua hasta los huesos.

El batallón Manara obtuvo para alojarse un convento de agustinos, pero los frailes no quisieron abrir la puerta y dejaron á los republicanos fatigados y empapados de agua llamar en vano durante una hora.

La paciencia de los bersaglieri se acabó, avisaron á los zapadores y la puerta del convento fué echada abajo.

A pesar de que los soldados horriblemente fatigados se pusieron furiosos con aquella acogida, y de que Garibaldi sabía perfectamente y no lo dejaba

ignorar á los suyos, que lo mismo debía combatir á los frailes hostiles á la República que á los Napolitanos, las exhortaciones de Manara y de los oficiales lograron apaciguar los ánimos y evitar todos los desórdenes que eran de esperar en semejante caso.

Se acostaron tranquilamente sobre el suelo de los corredores y buscaron en un corto descanso nuevas fuerzas para soportar nuevas fatigas.

Por fortuna las fatigas que nos proporcionaron los Napolitanos no fueron grandes.

Terminada la batalla volvieron los bersaglieri á su convento y lo hallaron también cerrado, viéndose de nuevo en la precisión de recurrir al hacha de los zapadores para entrar. Aquella vez habían abandonado los frailes sus celdas. No habían podido creer que los republicanos fuesen tan poco rencorosos, y temían que la suavidad con que los habíamos tratado fuese un lazo siniestro que les tendíamos.

Al huir se habían llevado las llaves de sus celdas, y para sacar de ellas algunas mantas y los objetos necesarios fué preciso echar abajo las puertas.

Por fortuna los zapadores no estaban lejos. Una vez franqueadas las entradas, el ejemplo fué contagioso: en vez de contentarse como el día anterior con el pavimento del corredor, quisieron unos colchones, otros camillas, y los jefes, cansados de por-

tarse bien, siguieron el mal ejemplo y se apoderaron de las celdas.

En menos de media hora el convento se halló completamente cambiado, y apenas hubo tiempo de poner centinelas en la iglesia, en la cueva y en la biblioteca. Por otra parte no habia nada que coger, porque los frailes no habian dejado mas que los muebles que no podian caber en las mochilas; pero una porcion de aldeanos que habian excitado á los soldados á cometer aquel trastorno, se aprovecharon del desórden, y como hormigas entraban á tres y á cuatro y se llevaban las cosas demasiado grandes para que pudiera con ellos uno solo.

Muchos de los nuestros, poco religiosos, corrian de un lado á otro del convento satisfechos por tener que habérselas con frailes. Uno salia de una celda con un largo sombrero dominicano en la cabeza, otro se paseaba con la mayor gravedad por los corredores con una larga sotana blanca sobre su uniforme.

Al tocar á llamada, todos se presentaron con enormes cirios encendidos en la mano, y durante toda la noche del 9 al 10 fué el convento espléndidamente iluminado en honor de nuestra victoria sobre los Napolitanos.

La correspondencia de los pobres frailes no fué

mas respetada que lo restante, y mas de una carta fué llevada en triunfo y leida en alta voz por los soldados, lectura que hubiera ruborizado hasta mas no poder á los castos fundadores de las órdenes religiosas (1).

El dia 10 no quisimos detenernos en Palestrina, y nos acampamos en sus alrededores. Los Napolitanos parecian haber perdido la aficion de atacarnos, y coronando las colinas de Albano y de Frascati se aproximaban poco á poco hácia Roma.

Garibaldi, que temia un asalto de los Franceses y de los Napolitanos en combinacion, se puso en marcha aquella misma tarde para volver á Roma. Pasamos en silencio y con el mayor órden á dos millas del campamento enemigo, tomando por senderos casi impracticables, sin que ningun accidente turbase la tranquilidad de nuestra expedicion.

En la mañana del 12 llegamos por fin á Roma, y como habíamos andado durante la noche veintiocho millas sin detenernos ni un solo instante, necesitábamos descanso. Muchos de nosotros creyendo salir para una campaña de algunas horas, no habíamos tomado ni las marmitas, ni las mochilas, ni la ropa, con el objeto de llevar menos peso.

(1) Como Médici no formó parte de esta expedicion á Palestrina, casi todos estos sucesos los tomamos de Emilio Dandolo.

Pero al llegar la noche, en vez de descansar nos vimos obligados á tomar de nuevo los fusiles. Alarmada la ciudad con los rumores que corrieron de que los Franceses atacaban al monte Mario, salimos precipitadamente por la puerta Angélica, cambiamos algunos tiros con los Franceses y dormimos sobre el borde de un foso con las armas en la mano.

*
* *

Desde este momento, las notas que nos ha dejado Garibaldi al marchar á Sicilia nos proporcionan el medio de poderle oír á él mismo, y de poder leer lo que su misma mano ha escrito.

Garibaldi pues va á continuar sus Memorias.

XIII.

COMBATE DE VELLETRI.

El 12 de mayo, la asamblea constituyente de Roma, en vista de la heroica defensa de Bolonia, decretaba lo siguiente :

« Roma, 12 de mayo de 1849.

- » La asamblea constituyente,
- » En nombre de Dios y del pueblo,
- » Decreta :
- » Artículo único.
- » El heroico pueblo de Bolonia ha merecido bien de la patria, de la República, y ha sido digno émulo de su hermano, el pueblo romano. »

El mismo dia en que sucumbió Bolonia, Fernando de Lesseps, embajador extraordinario de la República francesa, entraba en Roma acompañado de Miguel Accursi, enviado de la República romana á París.

Gracias á los buenos oficios del embajador francés, se llevó á cabo el armisticio de que se trataba hacia quince dias, y al que me habia yo opuesto el dia 1.º de mayo con gran insistencia.